

Una necesidad democrática y operativa

Las Fuerzas Armadas y el lenguaje claro

Capitán de fragata Federico Aznar Fernández-Montesinos
Investigador Principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos

HOY todo parece especialización. Cultura, deporte, ciencia... se han especializado. El hombre universal del Renacimiento o el hombre nuevo nacido con la Revolución Francesa han cedido su protagonismo al hombre técnico y especializado de nuestros días. A resultas, las Humanidades parecen haber perdido su sentido en un mundo en el que se rinde culto a lo útil.

La profecía de Comte según la cual los ingenieros desplazarían a la nobleza tuvo su cumplimiento cuando el Ejército, antes compuesto por campesinos y encuadrado por nobles, pasó a encontrarse integrado por obreros y a estar dirigido por técnicos. El problema ahora es que los niveles de hipertecnificación alcanzados hace que ser solo técnico sea insuficiente. Y no es posible renunciar a las Humanidades para abordar un proceso social como la guerra. Y estas se encuentran hermanadas con la palabra y la comunicación.

LAS FUERZAS ARMADAS COMO ESPACIO SOCIAL

La sociedad es un espacio compartido en el que la comunicación es vital. Las Fuerzas Armadas son parte de la sociedad. La cuestión es que los lazos entre militares son más fuertes que los que existen entre estos y la sociedad civil, con lo que los cambios llegan con cierto retraso. Las Fuerzas Armadas se comportan como una suerte de nevera espiritual.

Este retardo al permear se suman los procesos internos. Así, la endoculturación, de acuerdo con Arther Ferril, es un proceso de aprendizaje a través del cual la generación de más edad incita, induce y obliga a la más joven a adoptar los modos de comportarse tradicionales. Cada generación tiende a replicar la conducta de la anterior. Esto hace más lento cualquier cambio.

La imprimación de los valores militares se produce en las Academias. Allí se obtienen las referencias profesionales básicas. Estas,

además, se refuerzan a través de importantes procesos de socialización en el marco de entornos culturales homogéneos. Y también con el estrés profesional o con la gratificación personal obtenida con el éxito en el desempeño de los primeros destinos. Todo viene a afirmar el marco de referencia inicial. Y este es eminentemente táctico. No en vano, el heroísmo del guerrero —que es su referencia básica— es táctico.

A resultas, la cultura militar incorpora su propio sistema de valores, un conjunto relativamente estable en el tiempo que se verbaliza creando conceptos que enriquecen y facilitan la cohesión del grupo al hacer más eficaz la comunicación interna. Estamos ante una cultura corporativa. Es por ello también, que, aun existiendo una amplia base compartida, cada Ejército cuenta con una subcultura propia perfectamente diferenciable. Es más, aun entre los miembros de las diferentes Armas del Ejército de Tierra (Infantería, Artillería, Caballería, Ingenieros...) la identificación de patrones y rasgos generales es sencilla.

EL LENGUAJE MILITAR

Las Fuerzas Armadas son así un espacio también social. Por ello han construido un lenguaje propio y que sirve para la comunicación profesional entre sus miembros. Estamos ante un lenguaje corporativo, de grupo y para el grupo. Y la táctica es su clave de bóveda.

Pero a ello también se suman otros rasgos propios. Para empezar, está influido por la Historia de las Instituciones de las que surge no menos que por los valores que están en su raíz. Y es que, en cada lenguaje militar, se suman formas y modelos históricos —pensemos

La comunicación es una asignatura aún pendiente en la relación de las FAS con la sociedad de la que proceden



Real Academia Española

El JEMAD y el director de la Real Academia Española firman un protocolo general, el pasado 5 de marzo, por el que el CESEDEN se incorpora a la Red Panhispánica de Lenguaje Claro y Accesible.

que palabras tan relevantes como estrategia, táctica o logística son de origen militar — y eso junto a vocablos necesarios para el manejo de tecnología de vanguardia. Ello, añadido a palabras, conceptos y construcciones de origen anglosajón utilizadas como parte de la jerga OTAN y que son el resultado natural de la necesidad de espacios internacionales y estables de comunicación.

De este modo, se garantiza la acción conjunto (de los distintos Ejércitos o dominios) combinada (de todos los países) de la Fuerza. Por tal razón, todos estos ámbitos de comunicación tienden a integrarse en uno único que se normaliza y queda convertido en lenguaje habitual, dotado, además, de las características propias de cada grupo estamental (oficiales, suboficiales y tropa) y arma o Ejército; y también transversal a todos ellos.

Este, por si fuera poco, para su desarrollo se entremezcla con siglas y acrónimos (unas veces en inglés y otras en español, según la costumbre) que reducen su extensión a la hora de enunciar conceptos complejos. Con ello se puede dotar a cada frase de una potencia técnica inusitada. Y no solo es una cuestión de palabras o siglas que son o forman parte de un lenguaje estandarizado sino de su marco cultural. *Facta non verba*. Al prosaísmo militar, al laconismo espartano, que tan poco gusta de la propia vanagloria, no es extraño que le resulte difícil captar la nuclear naturaleza de explicar el esfuerzo, las razones y los logros a la ciudadanía porque, además, va contra la modestia que preconiza como valor.

Y aun incorpora otras dificultades. Así, uno de los problemas recurrentes de las Fuerzas Armadas de todo el mundo se encuentra relacionado con la propia cultura militar que, por lo general, en su afán de racionalidad y objetividad, presta más atención a los hechos que a lo que se dice (y como se dice) de ellos, y tiende a infravalorar la relevancia que en el siglo XXI tiene la comunicación, especialmente en momentos de crisis.

El resultado es una comunicación, a veces, difícilmente comprensible para quienes no son militares por más que su sintaxis (la composición es sujeto, verbo y predicado, sin aditivos) sea habitualmente simple y se desarrolle en castellano. Y es que estamos ante un lenguaje en el que predomina el sustantivo en claro detrimento del adjetivo. Y que, pese a su carácter expositivo, tiene lugar sin altibajos y con tendencia al prosaísmo y a la monotonía en un claro afán por liberarse de cualquier emoción que pueda enturbiar la fría racionalidad en un entorno que tiende a aquella.

Pero, cuanto más oscuro es el momento y más críticas son las circunstancias, más claro y mejor se ha de hablar. Y mayor la audiencia.

A ello sin duda ayuda poner el foco sobre determinadas palabras o conceptos perfectamente diferenciados y resaltarlos. Todo lo contrario de las formas planas al uso en el mundo militar como cultura de comunicación y que tiene lugar a veces ignorando que son otros los receptores del mensaje.

LA COMUNICACIÓN MILITAR COMO PROBLEMA OPERATIVO

La cultura militar es, como ya se ha dicho, una cultura táctica. Esta referida a lo tangible, a lo real. Y tratar con lo real demanda concreción, no admite ni ambigüedades ni dudas, por eso es simple, directa y clara. La simplicidad refuerza la comprensión del mensaje y tiene un efecto multiplicador sobre la comunicación. Y más aún en un contexto bélico; por ejemplo, una orden de atacar. Estamos en un terreno de vida o muerte. Es más, todas las operaciones —aunque solo sean ejercicios u otras formas de adiestramiento— son reales, implican vidas.

La comunicación es una necesidad, un proceso decisivo que incide directamente en el resultado de cualquier contienda. Esta se proyecta sobre los niveles superiores de decisión hasta convertirse en una vulnerabilidad estratégica por su carácter crítico.

Frecuentemente, tiene lugar más allá de la vista de los muchos que toman parte en ella y que actúan como público (receptor) proporcionando, a la vez, realimentación o información relevante sobre el escenario. La guerra se haya envuelta en una «niebla» que es preciso disolver. Y la información es la clave.

La comunicación demanda precisión pero también concisión no solo por la dificultad que comporta su transmisión sino, sobre todo, para reducir un volumen hasta ingente y por ello difícil de gestionar adecuadamente. Es más, obliga a su clasificación y priorización lo que hace preciso establecer protocolos específicos para su adecuado tratamiento profesional. Y debe ser vehiculada mediante un lenguaje estandarizado, común a los intervinientes, para facilitar su comprensión.

La comunicación es de carácter bidireccional. Desde el nivel superior se trasladan órdenes e información. Las ordenes deben ser claras y comprensibles, acordes al nivel de quienes las reciben, como ya el propio Sun Tzu constataba. Y la información, lo mismo.

A nivel estratégico esta necesidad subsiste, aunque el mensaje se hace más complejo y difícil; por eso los requerimientos de claridad son aún mayores a quienes hablan un lenguaje táctico en un entorno cultural homogéneo.

Brevemente, una guerra es un choque de poderes. El maquiavellismo de la estrategia, al decir de Glucksmann, confunde fuerza con poder. Pero eso es equivocado. El poder es la integración de todos los agregados de una sociedad, cosa que solo es posible a través de la comunicación entre sus partes. Esta es imprescindible así en el esfuerzo de guerra.

La necesidad de educar, estimular y persuadir a otros actores obliga a que la comunicación se haga en todas las direcciones y sentidos. La comunicación es la base de las labores de conciencia de Defensa imprescindible para fortalecer la trinidad clausewitziana (Líderes Políticos, Pueblo y Fuerzas Armadas) sin cuyo correcto engarce ningún resultado es satisfactorio y las políticas se tornan en frágiles y problemáticas.

DEMOCRACIA Y CONTROL POLÍTICO DE LAS FAS

Pero es que, además, las Fuerzas Armadas no son entidades autónomas, sino que rinden cuentas de su proceder al cuerpo social y al gobierno que las dirige. Esto les obliga a ser visibles, a interesar, a convencer. Tal cosa, lejos de ser una tarea baldía, es una de sus obligaciones más trascendentes por ser inherente a la democracia como concepto.

La ciudadanía, en democracia, es soberana y tiene derecho a ser informada; de hecho, es su responsabilidad pues los Ejércitos están actuando en su nombre y, en democracia, no pueden ni alegar ignorancia ni distanciarse de su proceder.

Y sí no explican bien lo que hacen, su utilidad o el empleo de los recursos, o la sociedad no lo entiende así, o no lo acepta, los resultados no cubrirán las expectativas; o peor aún, serán ilegítimos.

Por eso comunicar adecuadamente, explicar y explicarse teniendo en cuenta al receptor del mensaje, nunca se hará suficientemente por más que se reitere. La democracia se deteriora gravemente de no contar con una ciudadanía debidamente informada sobre asuntos tan relevantes como la Seguridad y Defensa Nacional.

LENGUAJE CLARO Y ACCESIBLE

Pero, con todo, la comunicación es una asignatura aún pendiente en la relación de las Fuerzas Armadas con la sociedad de la que proceden, dicho sea de paso, al igual que en otras muchas Administraciones Públicas. Resolverlo requiere

que el lenguaje se adapte mejor a los muy diversos tipos de receptores del mensaje. Esto ha llevado a instituciones como el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) a incorporarse a la Red Panhispánica de Lenguaje Claro patrocinado por la Real Academia Española.

Tal cosa supone, por ejemplo, la adaptación del manual de estilo empleado en los Altos Estudios de la Defensa Nacional a la Guía Panhispánica de Lenguaje Claro y Accesible. Ello implica la utilización de la Guía Panhispánica en programas profesionalmente tan trascendentes como los del Curso de Estado Mayor, el Curso de desempeño de cometidos de Oficial General, los Altos Estudios de Inteligencia, Alta Gestión Logística, Alta Gestión de Recursos Humanos o Alta Gestión de Recursos Financieros. Tales cursos requieren de un importante trabajo académico.

El momento profesional escogido es difícil que sea más propicio pues permite, además, permear a los niveles inferiores formando a sus líderes.

En fin, la educación forma parte de cualquier proyecto relevante y de largo plazo. Y la formación de los cuadros dirigentes de la Administración Militar lo es. Mucho, aun, es el camino pendiente, pero el objetivo es nítido. No en vano, el lenguaje claro y accesible de los miembros de las Fuerzas Armadas es expresión de una necesidad, a la vez, democrática y operativa.



Intervención del autor en la II Convención de la Red Panhispánica de Lenguaje Claro y Accesible, en Lima, el pasado 10 de octubre.